

# CRÓNICAS

---

## PREMIO NACIONAL DE PAZ



# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

|   |            |
|---|------------|
| <b>PRÓLOGO</b>  |            |
| <b>UNA PAZ ESQUIVA</b>  | <b>VII</b> |
| <b>LOS SOBERANOS</b>  | <b>1</b>   |
| <i>Patricia Nieto</i>   |            |
| <b>VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA</b>                                   | <b>19</b>  |
| <i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>                                    |            |
| <b>LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO</b> | <b>33</b>  |
| <i>Luis Alberto Miño Rueda</i>  |            |
| <b>EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN</b>                           | <b>53</b>  |
| <i>Margarita Martínez Escallón</i>                                    |            |
| <b>MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO</b>              | <b>67</b>  |
| <i>José Alejandro Castaño</i>   |            |
| <b>BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE</b>                   | <b>79</b>  |
| <i>Marisol Gómez Giraldo</i>  |            |
| <b>LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO</b>                       | <b>89</b>  |
| <i>José Navia</i>   |            |
| <b>UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO</b>                               | <b>103</b> |
| <i>Alejandra de Vengoechea</i>  |            |
| <b>MADRES CORAJE</b>  | <b>115</b> |
| <i>María Teresa Ronderos</i>  |            |

|  |            |
|--|------------|
| <b>LA FAMILIA AUSENCIA</b><br><i>Cristian Valencia</i>                       | <b>131</b> |
| <b>CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN</b><br><i>Pilar Lozano</i> | <b>145</b> |
| <b>EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS</b><br><i>Alberto Salcedo Ramos</i>      | <b>161</b> |
| <b>“HERMANO PARA SIEMPRE”</b><br><i>Marta Ruiz</i>                           | <b>187</b> |
| <b>VOLVER A EMPEZAR</b><br><i>Sandra Janer</i>                               | <b>199</b> |

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO

---

LUIS ALBERTO MIÑO RUEDA\*

Cuando el desangre del Magdalena Medio parecía no tener fin, surgió el Programa de Desarrollo y Paz de esa región, una iniciativa para impulsar la reconciliación a través del desarrollo y las alternativas educativas y de vida para sus habitantes. Por ser un modelo de construcción de paz y oportunidades desde la base y una propuesta innovadora de cooperación, el Programa ganó el Premio Nacional de Paz en 2001.

---

\* Ha realizado su carrera periodística en el periódico *El Tiempo*, donde empezó en diciembre de 1992 como redactor nocturno. Ha sido subeditor de reportajes y redactor de la sección 'Nación', de la cual es editor actualmente. Ha sido enviado especial en zonas de conflicto, tragedias naturales, paros armados, masacres y hasta reinados de pueblo. Por su trabajo ha obtenido dos premios Simón Bolívar; fue finalista de una versión del premio de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y recibió una mención de honor del premio Rey de España.



**E**n medio de una cruenta guerra que agotaba los cajones de las funerarias del Magdalena Medio, un día, Guillermina Hernández y sus vecinas del nororiente de Barrancabermeja vencieron el miedo y se reunieron porque no tenían plata para el mercado; Julián Peñaloza y otros líderes del barrio Pablo Acuña de ese puerto petrolero soñaron con hacer un colegio para que los “pelaos” no tomaran un fusil, y Francisco González, un campesino de las afueras de San Pablo (Bolívar), y sus vecinos se reunieron para buscar dormir sin oír balas y dejar la coca atrás.

Las historias de estas comunidades del Magdalena Medio, que han luchado por años en medio del conflicto para sobrevivir, se cruzaron con el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio (PDPMM) y dieron un giro en medio de las balas.

El Programa nació en 1996 para apoyar con recursos nacionales e internacionales las iniciativas de paz que surgían entre los 800 mil pobladores de 30 municipios, considerados los patios traseros de Santander, Cesar, Antioquia y Bolívar, en donde el 75 por ciento vivía en la pobreza. En ese contexto, el PDPMM se convirtió en una luz de esperanza para esta golpeada región.

El señalado para liderar este gran experimento fue el padre Francisco de Roux, un jesuita caleño, con doctorado en Economía de la Sorbona de París. En esta región de pescadores de bagres y bocachicos, él tuvo la misión de enseñar a pescar y de poner en práctica una vida de estudios en el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep). Justamente el Programa nació de un estudio que hicieron el Cinep y la Unión Sindical Obrera (USO), sindicato de Ecopetrol, para buscarle alternativas a la violencia que se vivía en Barrancabermeja y toda su zona de influencia.

Con un grupo técnico –que creó su centro de operaciones en unas oficinas del edificio La Tora, de Barrancabermeja, desde donde se divisa el valle del principal río del país, el Magdalena, y la principal refinería colombiana–, el programa se fue sumergiendo en esta conflictiva zona, donde hacían presencia guerrilleros del ELN, las Farc, los grupos paramilitares y los narcotraficantes.

La figura menuda del sacerdote, canoso y casi siempre vestido de blanco, empezó a moverse por los barrios y pueblos vetados para extraños. Tenía la facilidad de codearse con embajadores de países europeos y humildes campesinos; con banqueros y lavanderas de ropa. Consolaba a las viudas de la guerra y se atrevía a darles sermones a los jefes de los grupos armados.

El sacerdote, que andaba casi siempre sin sotana, pese a que quiso mantener un bajo perfil, se convirtió en el símbolo de carne y hueso del programa, tal vez el más vasto en la historia de procesos de paz del país. Tanto encarnó el Programa que muchos pensaron que las soluciones venían del padre Pacho, como lo llamaban cariñosamente, pero realmente su virtud era convencer a los directivos del Banco Mundial, del PNUD, del Gobierno, de la Unión Europea, de la embajada de Japón y de empresas privadas de que le apostaran a la paz de esta región con millonarios recursos. Su trabajo silencioso, que predicaba la vida con dignidad y la paz con inversión social, comenzó a tener eco con los años a nivel nacional y obtuvo el Premio Nacional de Paz en el 2001, el cual recibió el padre Pacho en nombre de la comunidad.

El premio le sirvió al PDPMM para hacerse más visible a nivel nacional e internacional y continuar su labor en busca de recursos para apoyar diversos proyectos en la región, que iban desde la búsqueda de los espacios humanitarios hasta proyectos productivos, con búfalos y cacao, pues la violencia seguía azotando la zona y los paramilitares, por esos años, arremetían con fuerza. El padre Pacho, a quien unas veces tildaban de guerrillero y otras de paramilitar, recibió de ahí en adelante más premios, incluida la medalla de Caballero de Honor de la Legión Francesa que le entregó el entonces presidente francés François Mitterrand. Pero, sobre todo, se convirtió en la voz de una región olvidada por los gobiernos locales y en una autoridad para

hablar de paz a nivel nacional. Muchos recuerdan, por ejemplo, que iba a los consejos comunales que hacía el presidente Álvaro Uribe en la región y le hacía un diagnóstico del panorama de violencia que azotaba a sus pobladores.

Fue tanto la encarnación del programa en el sacerdote que cuando en la región se enteraron de que lo iban a enviar a Bogotá a dirigir la congregación de la Compañía de Jesús, circuló una carta en la que se pedía a los jesuitas que echaran para atrás la decisión, pues algunos pensaban que el PDPMM se iba a acabar. Pero De Roux mismo se encargó de hacer la transición antes de irse y así el Programa pasó en el 2008 a manos del médico y también sacerdote jesuita Libardo Valderrama, quien continúa el trabajo del Programa, que ha dejado su semilla en unos 500 proyectos de los pueblos de este valle del Magdalena.

El padre Pacho se fue sin haber derrotado la violencia como lo soñó. Pero dejó en esta tierra, que era un valle de sangre, cientos de semillas. Y ahora ya pueden contar otra historia Guillermina, desde su modesta oficina ubicada en el segundo piso de un edificio de tres pisos, que parece un rascacielos en medio de las casas de su barrio; Julián, que cuida las plataneras y el cultivo de yuca del colegio agrícola que crece en un viejo campo de guerra, y Francisco, que lidera comisiones humanitarias para que los grupos armados respeten a los campesinos. Estas son sus historias de vida y sus voces.

## LA HISTORIA DEL MERCADO DE GUILLERMINA HERNÁNDEZ

Era 1992. Por el barrio había mucha violencia y la plata no alcanzaba para la comida. Vivíamos en el sector nororiental de Barrancabermeja. Yo había trabajado con la parroquia y la gente iba a buscarme a la casa para que le ayudara y no les podía decir que no. Mientras haya necesidades, el trabajo está ahí. Entonces, armamos unos grupos para ver qué podíamos hacer.

A la gente le daba miedo reunirse, pero aún así nos encontramos 11 mujeres y salió la idea de Merquemos Juntos. Nos hicimos en un quiosco de la parroquia que nos prestaba el padre Antonio Gómez. En la reunión salieron a flote muchas necesidades como el

desempleo, los altos costos de los servicios públicos, problemas que son iguales para todo el mundo. La solución que se nos ocurrió era cómo garantizar la canasta familiar. La idea era reunir la plata que teníamos para comprar un mercado más barato. Los 200 pesos que teníamos para el almuerzo los juntamos para ir a merchar a la plaza de Torcoroma. En ese tiempo por aquí no había sino dos o tres tiendas; las verduras eran muy costosas y apenas nos alcanzaba para echarle algo a la olla.

Nos tocaba ir a la plaza a pie, a las 3 de la mañana. Quedaba lejos y a esa hora no había transporte ni plata. Comprábamos directamente en los camiones que traían la comida del campo, para evitarnos los intermediarios. Después esperábamos a que fueran las 6:30 de la mañana para que un carrito nos llevara al barrio. En el primer mercado compramos dos plátanos, 12 libras de papa, zanahoria, habichuela, tomate y cebolla de rama. Nos tocaba de a libra, o una unidad para cada uno. Eso rindió como por arte de magia o la voluntad de Dios. Al cuarto mercado ya teníamos 18 artículos. Ahí fue donde vino la idea de que podíamos comprar granos. Pero como no teníamos plata le pedimos prestados 50 mil pesos al padre Antonio.

Se hizo una investigación de cuánto se gastaba cada uno en arroz, aceite, panela, café, sal y jabón. Y después juntamos cantidades y miramos cuánto teníamos que comprar al por mayor. Le compramos el primer mercado al señor Custodio, del supermercado Guayaquil. A ese señor después lo mataron. El bulto de arroz nos costó 8.010 pesos y lo llevamos en el carrito de un señor antioqueño que nos dijo: “Yo también como. Págúenme con artículos”. Y le dábamos del mercadito.

En un principio íbamos como seis a merchar, pero vimos que éramos muchos porque a varios les tocaba devolverse a pie, pues no cabíamos con el mercado en el carro. Entonces organizamos comisiones. El grupo creció. Con el tiempo nos convertimos en 118 familias. Siempre iban dos nuevos a merchar para que aprendieran y el que no llegaba temprano se sacaba del grupo. No toda la gente es buena para madrugar. La violencia era fuerte en la zona. Mandaba la guerrilla. A veces era llueva y truene agua y balas, pero nunca nos regresábamos por más fuerte que fuera la lluvia o la balacera.

Los grupos armados miraban mal las reuniones de más de tres personas. Nos vigilaban pero cuando se daban cuenta de que lo que traíamos era mercado nos dejaban quietos. La repartición se hacía en la parroquia. Comprábamos de todo menos carne y hueso. La plata no alcanzaba, por eso el que podía lo buscaba por otro lado y el que no, comía puras verduras.

Después empezamos a ver otras necesidades, la gente se la pasaba empeñando la plancha, el ventilador y hasta la cadenita del niño. Buscamos la manera de mirar cómo se podía solucionar eso. Necesitábamos plata y le pedimos prestados 200 mil pesos a la Pastoral Social. El grupo se había reducido, pues lo espulgamos porque había gente que no trabajaba. El padre nos colaboró y nos prestó un sitio para hacer un bingo. Los bingos dejan plata. Hacemos uno cada año, los últimos días de junio, en honor a San Cayetano, el santo de Merquemus Juntos.

Con el bingo pagamos todo lo que fiamos. También les pagamos a 36 personas que fueron los que trabajaron. A cada uno le quedaron 5.000 pesos y cogimos un cuaderno y a cada uno le abrimos una cuenta, que era el fondo para préstamos. Los créditos eran entre 500 y máximo 2.000 pesos. El truco era cómo los iban a pagar. Lo mejor era que cada persona planteara la forma de pago que podía cumplir. A veces se prestaban 1.000 pesos y los pagaban a 15 cuotas porque no podían dar más.

Con el tiempo empezamos a construir una sede. Ahí apareció el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio que nos mandó un promotor para que nos explicara qué hacían. Nosotros estábamos reacios a la gente de afuera porque pensábamos que se venían a meter. Al año nos mandaron a otras dos señoras y nos dijeron que nos iban a apoyar. Les hicimos una lista de necesidades. También nos hablaron del padre Pacho de Roux, a quien conocí en Bogotá en 1986, una vez que me tocó irme de Barranca. Lo conocí cuando él estaba en el Cinep y nos hicimos amigos.

Mandaron más gente para que nos visitara. Pasamos las verdes y las maduras con una gente de Francia que nos vino a conocer y nos tocó una plomera brava en el barrio. Se armó un tiroteo y no había dónde meternos. Al final no les pasó nada a los señores.

Conseguimos el lote con la ayuda del PNUD. Luego, los franceses nos ayudaron para el primer piso y también la embajada de Japón nos colaboró. Nos preguntaron cómo íbamos a seguir y solo les dijimos: “Con confianza en Dios, yo no sé en qué bolsillo estará la plata”. Y a los 20 días nos llamaron y nos dieron para terminar el segundo piso, con pintura y todo. El tercer piso lo dejamos iniciado. Nosotros también ahorrábamos, dábamos un día de trabajo semanal y nos alcanzó para la tercera placa. Cuando entró el Laboratorio de Paz lo levantamos.

En el primer piso montamos la tienda, que surtíamos con el mercado que comprábamos. Los productos se iban acabando porque no cobrábamos ni un peso de utilidad. Nadie robaba pero no crecía. Los que nos robaban eran los grupos armados que quitaban una teja, se metían y sacaban todo y después decían que no podíamos denunciarlos. Me amenazaban, pero como yo los conocía no les tenía miedo y los regañaba. A la idea del mercado se le sumó que nos pusimos a hacer los uniformes del colegio de los niños para que salieran más baratos. Así se creó un taller de confecciones.

En 1997 llegaron al barrio varias familias desplazadas y a raíz de eso creamos una olla comunitaria para darles sopa a los niños. La olla casi acaba con la tienda, pero los milagros existen. Como yo estaba muy cansada me fui para Bogotá y allá un muchacho de la Universidad Nacional me habló de una fundación que se llama Compartir –pero no la grande– que nos podía ayudar. Les conté la historia y me dieron un millón de pesos. Con ese dinero pudimos seguir haciendo la sopa por cinco años más.

El 4 de marzo del 2002 casi me matan. Me salvó que ese día fui a misa por la mañana. Los paramilitares fueron a esperarme a la entrada de la misa de las cinco de la tarde, pero yo había madrugado. Como no llegué hubo un alegato con la gente y decían que alguien me había avisado. El cura se fue a la carrera a contarme lo que estaba pasando y le tocó atajarme porque yo quería ir a ver quién me iba a matar. Ese día con el padre Pacho fuimos a buscar a esos sinvergüenzas y les dije que no me iba a esconder. Si me van a matar, que me maten, pero que me digan por qué.

Con el tiempo fuimos evaluando los programas que necesitaban más atención. Fortalecimos unos y soltamos otros. La tienda se la dimos a una socia para que la libre, pues ya pusieron plaza en la zona y los precios del mercado bajaron. En cambio el programa de micro-crédito es de los que más han crecido. Se prestan desde 300.000 hasta un millón de pesos y se ha beneficiado a unas 3.000 personas. Cada uno va haciendo su camino. Ya unos tienen su empresa y a sus hijos estudiando. Con la plata han logrado crear empresitas de comidas rápidas, almacencitos, misceláneas. Aquí prestamos para todo, menos para vender cerveza ni juegos de azar. Además, no se le presta plata al señor que maltrata a la señora o a los hijos. Más bien se les busca ayuda con psicólogos. Nosotros somos católicos pero no importa si vienen de otra religión, no se les niega la posibilidad de ayuda.

También creamos un fondo estudiantil por un pelado que quería ir a la universidad. Era el hijo de una ex socia que se sentó a llorar porque no tenía 45 mil pesos para la matrícula. Del fondo se los prestamos y ya recibió su ingeniería el año pasado.

Como organización hemos crecido tanto que ya tenemos sucursales en San Vicente, Aguachica y Sabana de Torres, y vamos a dar asesoría en el sur de Bolívar sobre micro-crédito. Actualmente tenemos disponible una cartera de 400 millones para mover. A nosotros no nos quieren los que prestan gota a gota porque les quitamos muchos clientes.

Hoy en día la olla para los desplazados se convirtió en un restaurante escolar. Ahora se les puede echar más huesitos. Antes eran dos libritas y ahora le echamos hasta seis, bien carnudas. Se hacen entre 20 y 32 almuerzos, a 3.000 pesos. La sopa vale 500 pesos y viene mucha gente a comer. También tenemos una panadería, donde se hornea un pan de gran sabor que se vende en las tiendas de Barranca. Somos 32 socios que invertimos de a 200.000 pesos cada uno. Cada seis meses miramos qué compramos y nos repartimos las ganancias. Diario hacemos 20 de harina y se vende todo en hora y media. Además tenemos el programa de refrigerio escolar, de madres cabezas de familia.

La vida nos ha cambiado. La zona ha cambiado como un 200 por ciento y el grupo también. Si no nos hubiéramos reunido la pri-

mera vez, tal vez no estaríamos contando el cuento. Todavía seguimos soñando. La idea es hacer el Banco de los Pobres en el Magdalena Medio. Ya estuve en Bogotá hablando con gente de la Presidencia de la República, pero casi me toca hacerles crédito a ellos. ¡Porque sí lloran!

Cuando veo cómo han avanzado los programas, la acogida de la comunidad y todo lo que hemos alcanzado, pienso que sí ha valido la pena. Logramos que nos conocieran a nivel internacional aquí en Barranca, que viniera gente de otros países a visitarnos. Yo hasta fui a Francia a recibir un premio que nos dieron en el año 2000.

Los muchachos de la violencia tuvieron un final muy triste porque cuando entraron los paras se mataron entre ellos, unos contra otros. Esa fue la violencia más grande que hubo. Era muy triste ver pasar gente amarrada con alambre de púas. Uno sabía que ese ya no volvía.

Ya no hay violencia como antes, pero sigue. Hace unos 15 días me encañonaron y me robaron. Me robaron la venta del día en la panadería. Menos mal que tenía poquita plata. Ese hombre me quería hacer comer el arma, pero yo no me dejé. Aquí seguimos luchando, contra todos los grupos, hasta con los ladrones.

#### FRANCISCO, EL CAMPESINO QUE APRENDIÓ A RECLAMAR SUS DERECHOS

Esta era una región donde la gente amaba mucho la vida. Yo vivía en Alto Cañabraval, un caserío en el sur de Bolívar desde donde se ve la Serranía de San Lucas. San Pablo quedaba a seis horas, pero como era trocha había épocas en las que uno se podía demorar dos o tres días porque el carro se enterraba en el camino. Yo estudiaba allá y en las vacaciones me devolvía para la finca. Pocos podíamos estudiar. La mayoría de nosotros, que éramos 11 hermanos, estudiamos porque pusimos mucha voluntad.

En los ochenta empezó la coca. Un día regresé a la casa en vacaciones y me encontré unos semilleros de la mata. Por aquí nadie conocía cómo se sembraba eso. Tampoco se veía el Estado en estas lejanías.

Mi papá compró unas fincas de 50 y 100 hectáreas en la vereda de Aguasucia. Las llenó de coca y cuando estaban produciendo las vendió. Aprendí a sacar la coca y alcancé a producir 2.000 arrobas y a tener más de 10 hectáreas. Para ese entonces ya había mucha presencia de las Farc. Cuando eso la guerrilla no estaba metida en el negocio, pero en los noventa comenzó a ponerse la situación bastante delicada. Vinieron las fumigaciones y ya se escuchaba a hablar de los paramilitares.

El 8 de enero del 99 mataron a 13 personas en la masacre en San Pablo. Asesinaban al que veían en la calle. De ahí se vinieron para la zona rural donde yo tenía una tiendita y ya me había casado. Los paras se metieron a las seis de la mañana del 20 de octubre de ese año, cuando la guerrilla estaba ahí mismo en el caserío. Eso fueron bombas, granadas: un combate grande. Sin que nosotros supiéramos, la guerrilla les preparó un minado a la entrada de Aguasucia. Ellos recogieron todas las latas de los comestibles, las salchichas, las sardinas, los atunes. Luego le avisaron a la gente. Los que tenían que ver con ellos cogieron su motete y se fueron. Solo dejaron unos guerrilleros escondidos para detonar el campo minado cuando llegaran los paramilitares. No pensábamos que se iban a meter tan rápido. Los paras llegaron tirando de todo. En esas lomas había por lo menos 300. Uno de ellos venía con un pantalón roto y me pidió uno nuevo. Yo también vendía ropa y le saqué una sudadera negra. Se la enganchó y cogió para arriba. Por el miedo, todos los vecinos se vinieron para mi casa. Cuando yo me iba a meter debajo de la cama ya no había cupo. Ese caserío era grande, éramos como 70 familias. La gente no paraba de gritar por las bombas. Duramos 15 días en medio de los enfrentamientos, durmiendo debajo de la cama.

Un día nos reunió el comandante llamado 'El Paisa', un hombre gordote, sanguinario, y nos dijo: "Aquí los que se quedaron no deben nada, los que debían algo tuvieron que haberse ido, así que considérense personas libres". Ahí fue cuando empezó todo.

Ese mismo día, el comandante nos hizo subir a la loma a hacer trincheras para ellos. Todos los días nos tocaba subir a hacerles los huecos. Empezaron a saquear las tiendas y los almacenes. Decían que después nos pagaban. Había una tienda comunal y la saquearon

toda. Todavía se deben 8 millones de pesos donde Don Miguel, en San Pablo. Eso era de la cooperativa. Se vendían colchones, camas, tocadores, todos compraban ahí, se surtían de todo. Todo el mundo se llenó de terror.

Cada día una persona tenía que subirles a los paramilitares que estaban en el alto, agua en una mula. Un día le tocó a un muchacho que era de muy mal genio. Subió pero nunca bajó al caserío. Le decíamos 'el banqueño', porque era de El Banco (Magdalena). Desapareció. Le avisamos a la familia y la mamá fue allá. Le dijeron que salió de discusión con el jefe y que lo habían matado, picado y lo habían arrojado por esos rumbones.

Los paras ponían todo el día a las mujeres a cocinar para ellos. Yo no soporté la presión. Casi nadie dormía. Ellos disparaban ráfagas cada dos horas dizque por seguridad. Al tiempo le dije a mi mujer: yo me voy. Le pregunté al comandante si me podía ir, si había algún problema. Dieron la orden de que me fuera y me monté en un camión y por el camino ví la fila de paramilitares que iba para allá, y al Ejército resguardándolos. Pensé: —Eso se va a poner peor.

Me salí y a los pocos días comenzaron a matar a líderes de las comunidades. Mataron al líder de La Golondrina. Si no me voy, quizá también me hubieran matado. Hacían reuniones con la gente y delante de ellos los mataban. En ese caserío quedaron dos familias. La del señor Teodoro Ortiz, un discapacitado que no podía correr, y una familia que vivía en una finquita. Ese pueblo quedó fantasma.

Lo más duro en la región fue el asesinato de Fidel Peña, un comerciante de San Pablo. Era un comerciante grande, no solo por lo que tenía en los estantes sino por la forma como trataba a las personas. Lo mataron en el 2002, en el parque. Esa vaina rebosó la gota. Apenas lo mataron se prendió esto. La multitud se levantó y quería quemar hasta el cuartel de la Policía. El Alcalde tuvo que salir del pueblo. Los paras en San Pablo tenían una camioneta que llamaban 'la última lágrima', al que subían allí no volvía. La gente estaba cansada de eso.

Duré dos años por fuera. Los cultivos de coca se multiplicaron. Los paras se quedaron abajo y la guerrilla arriba, en la montaña. En el 2004 regresé. Mis padres ya habían fallecido. Mi padre se murió de un infarto y mi mamá se fue a los tres meses. La junta estaba des-

organizada y me hicieron presidente de la comunidad. Entonces, se habló de que la gente se iba a organizar y anunciaron que venía una buena organización de Barrancabermeja, el Programa de Desarrollo y Paz, pero no se sabía cuándo era.

El 26 de octubre de ese año se convocó a la asamblea en Alto Cañabral para hablar del Espacio Humanitario. Estaba la Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra, que fue la que inició estos procesos humanitarios, y también había personas de 36 comunidades. Todos teníamos el mismo problema, la misma historia. Ese día analizamos cómo veíamos la zona, cómo la queríamos ver más adelante y decidimos crear nuestro Espacio Humanitario.

Se socializó con la gente y se hizo un plan de trabajo sobre las necesidades, ya que íbamos a tener el apoyo del Programa de Desarrollo y Paz y la Unión Europea. Esa vez fue el padre Pacho de Roux. Ese día en la reunión se eligieron diez líderes de la Zona de Desarrollo Integral.

¿Qué hubiera sido de esta comunidad si no se hubiera presentado esa oportunidad? La gente sembró coca por necesidad, porque no había alternativa. La comunidad presentía las consecuencias de la coca. Faltaban vías, escuelas, no había condiciones para vivir ahí. La respuesta fueron las fumigaciones y los paramilitares. Y después vino la quema de los caseríos. Tres veces quemaron El paraíso. Nada más con que nos hubiéramos reunido esa vez eso era ya un triunfo.

En la época de esa reunión los paramilitares ya se habían ido de Cañabral. No tenían una base. Dejaron todo eso abandonado, pero los alrededores del pueblo quedaron minados. Los paras solo venían a una vereda y se iban para otra. Al segundo día bajaron los paracos de la montaña hasta donde estábamos reunidos y amarraron a un muchacho al que iban a matar dizque por guerrillero. Ellos creyeron que allí había guerrilla. Pero les tocó escuchar el discurso del padre Pacho de Roux y se fueron.

Por el Programa, con las influencias, se empezaron a mejorar las escuelas y la carretera. Además, se empezó a hablar de derechos humanos. Entonces, uno comienza a reclamar sus derechos y a saber que los actores armados tienen unos deberes. Nosotros seguimos el

mensaje de que la humanidad debe entenderse a través del diálogo. La gente sabía que tenía derechos pero no sabía cómo exigirlos y con las capacitaciones en Derecho Internacional Humanitario aprendimos a hacerlo. Ahora, el campesino tiene la capacidad de conocer qué es una violación, de denunciarla ante la Fiscalía o reclamarles a los mismos paramilitares. Antes había conocimiento de que uno tenía derecho de decirles a los militares que no podían acampar aquí o allá, a los paras que no se llevaran el ganado, pero no había posibilidad de hacer reclamaciones. Conocer nuestros derechos nos da la oportunidad de hablar con argumentos. Les reclamábamos a los guerrilleros, los paramilitares y los militares del Ejército y no nos prestaban atención. Pero aprendimos un nuevo lenguaje, a citar algunos artículos. Ese mensaje va calando y ellos ya ven que no están lidiando con unos campesinos atrasados o analfabetas, ahora hablan con personas que saben. Eso ha permitido que cambien las cosas.

Yo me quedé viviendo en San Pablo, pero sigo teniendo una territa en Aguasucia. Voy, visito y regreso acá nuevamente. En la vereda ya conseguimos el restaurante escolar, la dotación y una planta eléctrica. Llegaron otros programas, se hicieron las unidades sanitarias de la escuela y se consiguió que la Alcaldía diera plata para el arreglo de las vías. La gente puso la mano de obra y se generó empleo. Además, tenemos un fondo común para el arreglo de la carretera principal: una especie de peaje que pagan los transportadores, de donde sale la plata para arrendar una moto-niveladora.

Hoy en día prácticamente no hay coca porque ha sido muy atacada por las fumigaciones. Eso ha hecho reflexionar a la gente que ahora está sembrando cacao, pero mientras el cacao da la cosecha, se cultivan plátanos y se saca la madera.

Lo feo es que después de la desmovilización de los paras siguió la violencia. Antes sabíamos que eran las Farc, el ELN o los paras, pero con las nuevas bandas uno no sabe cómo es la cosa.

En mayo tuvimos una experiencia en Alto Sicué, cerca de San Pablo, donde se presentó un desplazamiento de 102 personas. La comunidad nos llamó porque había combates. Ese día la guerrilla estaba en la montaña y dos militares se subieron a un palo de mamoncillo y les dieron bala. Unas balas pegaron en las ramas y comenzó el desor-

den y los militares se atrincheraron en las casas. Pidieron refuerzos y llegaron los helicópteros. Dos días duró la balacera. Entonces se hizo una alerta temprana. Se hizo una cadena y se llamó al Ejército. Me tocó hacer buscar a las organizaciones de confianza. Con la Defensoría y la parroquia y otros líderes decidimos ir hasta Alto Sicuté. Cuando llegamos había un campero y como 50 personas intentando subirse para huir de allí. La calle estaba llena de cartuchos. Menos mal solo hubo una gallina muerta y un ternero impactado. La comunidad se movilizó. Ya no van Francisco o Luis solos, se llama a varios líderes y se hace una comisión. Hemos aprendido a ser visibles. Antes nos echaban al río y no pasaba nada. Ahora los funcionarios del Programa de Desarrollo y Paz, la Defensoría del Pueblo y Naciones Unidas están pendientes de nosotros.

Ahora tenemos las herramientas para enfrentarlos. Si lo van a matar a uno, lo matarán. Dios tiene la decisión. Pero ahora me atrevo a enfrentarlos con palabras. Por lo menos si nos van a matar, ya podemos preguntar por qué.

#### JULIÁN, UN LÍDER QUE SOÑÓ CON UN COLEGIO EN UN CAMPO DE GUERRA

En este cuento empezamos hace 14 años con unos antiguos líderes comunales a los que se les ocurrió la idea de un colegio para el nororiente de Barrancabermeja, porque sus hijos tenían que ir a colegios lejanos como el Diego Hernández de Gallegos y al Industrial, y como muchos no tenían plata ni para el bus, no iban a estudiar. Además, los grupos armados estaban reclutando a la juventud.

La idea dio un giro con la llegada al barrio de la empresa Merelétrica, que iba a construir una planta que produjera energía con gas, pues en este tiempo había racionamiento de luz, los embalses estaban secos y el presidente César Gaviria había corrido la hora. Lo que no hemos podido saber todavía es por qué montaron la planta y trajeron gringos aquí, a una zona donde el conflicto armado era enorme y había presencia de tres organizaciones guerrilleras. Eso era como jugar el gato y el ratón.

La guerrilla se la pasaba dando plomo. A un lado estábamos nosotros y más allá, el Ejército. Pensamos: “Nos ganamos un problema más grande que el que tenemos”.

Pero mi Dios se le aparece a uno y ahí venía la solución. Para construir la planta, la empresa empezó a hacer gestión social y una persona de ellos empezó a reunirse con los presidentes de las juntas de acción comunal. Se buscaba que la mano de obra fuera del sector, pero había temor de que la gente le pasara información a la guerrilla, que ya había secuestrado a un ingeniero. La empresa dijo que no le daba plata a ningún actor armado. Entonces entramos los líderes a negociar: líderes desarmados, sin ningún bando. Fue cuando casualmente llegó el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, con el padre Francisco de Roux.

Entramos en las negociaciones con la empresa y formamos un comité de garantes en el que participaban la Diócesis, la Defensoría del Pueblo y la USO. Se habló con la guerrilla para que dejaran que la planta funcionara. Luego se llegó a un principio de acuerdo: la empresa le daría unas regalías a la comunidad organizada. Ahí fue cuando apareció la idea del colegio.

Éramos 24 barrios y no teníamos el terreno para construirlo. Los terrenos que había eran del Ministerio de Defensa, pero ellos salieron con la idea de que iban a montar una escuela de entrenamiento anti-guerrillera. Ahí sí que pensamos que el conflicto no se iba a acabar nunca. Nos comprometimos a mediar ante los actores armados para que el conflicto bajara. Llegamos a un acuerdo sobre la necesidad del colegio y entonces nos dieron un terreno de 7,6 hectáreas. Escogimos el sector, que era una zona donde a diario la guerrilla se agarraba a plomo con la Policía, con armas pesadas, con bazucas, con M60, y donde se decía enterraban a la gente a la que le hacían juicios.

Nosotros no queríamos un colegio más, queríamos uno que fuera diferente, que nos sirviera a los que vivimos acá. Pensamos en un colegio agrícola, porque esta zona es poblada en su mayoría por desplazados del Magdalena Medio que tienen mucho conocimiento del campo. Vimos que el campo se estaba quedando vacío y que iba a

llegar el día en que la gente tendría que echarles planchas y televisores a la olla porque no tendría verduras para comer. No queríamos que la gente saliera a lo mismo, además, concluimos que queríamos un colegio de ricos para pobres, porque nosotros tenemos derechos.

Demoramos dos años discutiendo eso. Eso fue todo un debate. Fuimos hasta Pasto para ver una ciudadela que hizo Antonio Navarro, que tiene su mercado, su puesto de salud. Allá los chinos estudian en la mañana y en la tarde van a aprender artes y pintura. No tienen tiempo para vagar. Y por las noches llegaban los papás a capacitarse. Estuvimos una semana y nos dimos cuenta de que hasta debajo de un árbol daban clase y aprendimos que lo importante es que haya el interés.

En esos tiempos el futuro en estos barrios era complicado. Los muchachos veían a la guerrilla con buena moto, uniformados y se iban con ellos.

Comenzamos a plasmar nuestra idea y nos pasamos dos años en eso. Hasta los diseños fueron hechos por nosotros. Yo que hice sólo la primaria sé que el último se la pasa mamando gallo, entonces ideamos unos salones circulares y así todos ven al profesor y el profesor los ve a todos. Se hicieron ocho salones así. Otra idea fue que el colegio no fuera encerrado, que no tuviera malla ni muros. Que los jóvenes estuvieran en contacto con la naturaleza, que no se sintieran presos, un colegio con las puertas abiertas y por eso quedaron con árboles. Además, se hizo para que aguantara 15 días sin agua y que los muchachos especiales pudieran entrar en su silla de ruedas.

Nos demoramos, además, porque nos tocó unir dos tipos de educación, una privada y una pública. Estaba el colegio de Fe y Alegría y uno del municipio. Todos querían irse para el privado, que tenía sobre-cupo. Se nos formó una dificultad para tratar de unir esos dos colegios porque los docentes creían que íbamos a privatizar la educación. Pero lo logramos. Los profesores estaban bravos con nosotros porque los íbamos a dejar sin trabajo, pero eran 66 y llegaron a ser 144.

Como pasaba el tiempo, la gente nos decía: "No vemos el colegio". Pero nosotros no podíamos hacer una mole de cemento sin saber con qué la íbamos a dotar.

El colegio lo fundamos en el 2003. Lo pusimos primero de sexto a octavo. Al año siguiente pasamos a noveno y así. El conflicto seguía. Los “pelaos” dejaban de estudiar para vender gasolina robada del tubo que salía de la refinería de Ecopetrol y que pasaba por acá. Ese tubo parecía una flauta de tanto agujero. Uno veía a un “pelao” con 200.000 pesos en el bolsillo y eso nos llevó más a seguir adelante.

Todo fue con la venia del padre De Roux: él fue el promotor, el guía. Él iba adelante y nosotros atrás. Hemos pagado por ser guiados por el padre. De él, como de nosotros, dicen que es guerrillero y paraco. A nosotros nos encapuchaban y nos hacían juicios. Sin embargo, aunque tenemos tres desplazados, no hemos dado el brazo a torcer.

El padre Pacho consiguió recursos con la Unión Europea, que dijo que ponía plata pero que la Alcaldía también tenía que poner. Eso fue una pelea con el Alcalde de ese entonces. Ya el colegio estaba funcionando pero esto no estaba terminado. Se armó una teletón y se terminó de construir. Después vino la otra pelea para que la Alcaldía lo dotara.

En este proceso nos dimos cuenta de que para gestionar no se necesitan títulos. Con ayuda de la embajada de Japón hicimos la Paloca, pues la comunidad no tenía un lugar para echar cabeza y creamos un sitio para eso. Paloca quiere decir en lengua quechua centro para el pensamiento. Quedó con el techo de pagoda en honor a los japoneses. En ese sitio hacemos nuestras reuniones y los niños aprenden música y artes. Allí van las madres comunitarias, los evangélicos. Todo el mundo quiere reunirse allí.

Nos dieron más tierras para continuar el proyecto, pues está basado en tres ejes. El educativo, porque a uno educado no lo engañan tan fácil; el eje de tejido social, para organizar a nuestra comunidad alrededor de sus derechos, y el eje productivo, porque si el colegio tiene vocación agrícola necesitamos fondos para una parte productiva.

La idea es devolverle algo a la naturaleza. Esto era un paraíso: había peces, se pescaba, se tomaba agua de aquí mismo. Pero ayudamos a desbaratar el ecosistema. Para hacer los ranchos de palma acabamos la madera. Ya recuperamos el suelo, al que le faltaban

abonos, y lo hicimos con leguminosas. Nos hemos gastado 5 años preparando la tierra. Todo lo estamos haciendo para poder llegar ahora a los 12 cultivos permanentes que queremos tener, son los cultivos que congregan al Magdalena Medio. Así que los estudiantes lo pueden aprender todo aquí. Hay palma, caucho, plátano, cacao, naranja, limón común, naranja tangelo, limón tahití, mandarina, guayaba, estevia y mango. Nos falta año y medio para que empiecen a sostenerse los cultivos y empecemos a vender plátanos y limones. La idea es comercializar una parte y la otra es transformarla. Crear una planta de aceite. Transformar el latex del caucho y el cacao; hacer el jugo de naranja y el de limón. Nos queda el reto de dónde vamos a poner la totuma para conseguir esa plata.

Ya tenemos 1.800 estudiantes y llevamos cuatro promociones. La idea es crear también carreras tecnológicas. Estamos pensando en hacer la biblioteca pública del nororiente con coliseo incluido. Imagínese que el barrio Pablo Acuña, que era uno de los más violentos, va a ser el barrio más privilegiado de la ciudad porque va a tener este complejo educativo. El coliseo nos cuesta 4.000 millones y la biblioteca, 12 mil.

La violencia sigue. Ahora se llaman dizque Águilas Negras y Rastrojos. Cuando estaba la guerrilla uno sabía a quién echarle la culpa pero ahora no se sabe quiénes son. Ahora reclutan estudiantes y los ponen a vender drogas, pero nosotros seguimos. Quedamos cinco líderes pendientes de todo. Si hay que limpiar el colegio, lo limpiamos. Si no hay vigilantes, hacemos guardia en las noches. Para nosotros es un orgullo crear esto en este campo donde corrió tanta sangre y balas. En esta tierra hay mucha gente enterrada, pero se levanta ahora el colegio y los árboles. Yo soy la persona más orgullosa de todo esto, así los estudiantes lo desconozcan a uno. Si nosotros no hubiéramos hecho esto, ¿qué estuvieran haciendo ellos?